

**CARLOS ALDUNATE, s. j.
R. VALENZUELA E.**

**LA
EXPERIENCIA
CARISMÁTICA**

EDICIONES PAULINAS

Colección
C A R I S M A

3

CARLOS ALDUNATE, s.j.
R. VALENZUELA E.

LA EXPERIENCIA
CARISMÁTICA

3ª EDICION

EDICIONES PAULINAS

Inscripción N° 56.215
Con las debidas licencias
© EDICIONES PAULINAS
Todos los derechos reservados
Vic. Mackenna 10.777 - Santiago
Impresor: P.S.S.P. - diciembre 1982
Impreso en Chile - Printed in Chile

INTRODUCCION

Este libro trata de una experiencia de renovación espiritual que se está dando en la Iglesia Católica, la experiencia carismática. Como esta experiencia, en su forma actual, tiene muchas apariencias de novedad, son muchos los creyentes que se sienten confusos, desorientados.

Es conveniente, pues, describir lo que está sucediendo, colocarlo en el contexto de la espiritualidad católica y dar criterios de orientación.

En la Iª Parte tratamos de la experiencia inicial, es decir, del comienzo de esta vida nueva. Muchos lo llaman "Bautismo en el Espíritu Santo".

En la IIª Parte estudiamos la disposición necesaria para recibir esta experiencia. Es la "apertura al Espíritu".

La IIIª Parte explora varios aspectos de esta experiencia carismática: son diversas manifestaciones del Espíritu Santo en el cristiano que se abre a El.

LA EXPERIENCIA INICIAL

Muchos católicos y protestantes llaman a esta experiencia "bautismo en el Espíritu". Para evitar algunas confusiones, los católicos franceses optaron por hablar de "efusión del Espíritu"; otros proponen "liberación del Espíritu" (en inglés "release"). Todos están de acuerdo en afirmar que se trata de una experiencia, una espiritualidad, una forma de vida, no una teoría ni una doctrina.

Esta experiencia espiritual es un hecho atestiguado por infinidad de personas que la han experimentado en sí mismas y han podido observar los efectos, tanto en su propia vida como en la vida de los demás.

1. *Los hechos*

"Seréis bautizados en el Espíritu Santo" (Hech. 1,5).

"En el retiro me entregué a Cristo comprendiendo muy seria y profundamente lo que ese paso significaba. El 18 de septiembre pedí el Espíritu Santo. Sentí una paz muy grande y vi claramente que era el comienzo de algo que debía seguir" (Un profesional).

"No puedo describirlo con palabras; fue algo maravilloso" (Dueña de casa, 44 años).

"Encuentro que el Espíritu Santo habla más bien al corazón que a la mente, porque yo lo sentí primero y todavía no lo entiendo, pero lo vivo" (Señora joven).

Es una experiencia religiosa. Un teólogo español la llama "experiencia actual del acontecimiento de Pentecostés" (Bibliografía, N° 7, p. 414); muchos la llaman "experiencia pentecostal".

Para algunos es experiencia de la presencia de Dios, o de los efectos de esa presencia en el momento mismo, o en la vida que continúa transformándose de manera inexplicable.

La fe puede a veces afectar solamente las facultades intelectuales, no así la experiencia pues compromete la totalidad del hombre: además de la inteligencia, la voluntad, imaginación, sentimientos, etc. En la experiencia pentecostal Dios toca al hombre en lo que tiene de más profundo, lo que en lenguaje bíblico sería "el corazón", y de ahí su acción pasa a las facultades y es percibida de múltiples maneras. Si no se experimenta ningún efecto de cambio en la vida, no ha existido esta experiencia inicial.

La experiencia varía para cada persona. Para muchos es una experiencia de tipo místico. "Al parecer esta experiencia suele ir acompañada de un toque (no estado) de contemplación infusa que puede durar varios minutos e incluso varios días" (N° 8, p. 392). "Es quizá algo análogo a lo que los místicos describen como los primeros grados de la vida de contemplación infusa" (N° 13, p. 85).

Pero lo importante no es qué clase de experiencia haya tenido una persona, sino que aquélla sea el comienzo de una vida según el Espíritu. "Es una puerta a través de la cual se entra a una mayor plenitud de vida en el Espíritu... y una puerta no es lugar donde quedarse" (Nº 16, p. 38).

2. *Definiciones*

Las definiciones pueden dividirse en dos grupos, según sea que pongan el acento en la acción de las personas o en la obra de Dios. Al primer grupo corresponde la siguiente:

"El bautismo en el Espíritu consiste en rogar a Jesús que derrame una vez más sobre un cristiano el don del Espíritu Santo... Que nuevamente realice en nosotros lo mismo que hizo en sus Apóstoles... para ser testigos suyos... hasta los confines de la tierra" (Nº 3, p. 56-57).

Lo que la persona hace es pedir, es una oración de petición. No se trata de un nuevo sacramento sino de recibir una nueva y más abundante efusión del Espíritu Santo y de estar abierto a él. No siempre coincide la petición con la respuesta de Dios que concede lo pedido.

La siguiente definición, de un teólogo anglicano, pone el acento en la acción de Dios:

"El bautismo en el Espíritu... es la liberación (release) del Espíritu por la fe en el Señor Jesús, de modo que él puede manifestar la gloria y la gracia de Dios por medio de nuestras vidas" (Nº 11, p. 28).

Según el P. Orsini, “el bautismo del Espíritu es sumergirse en la corriente de vida del Espíritu de Cristo” (Nº 26, p. 54).

La experiencia pentecostal marca una época en la vida; es corriente oír a las personas referirse a un “antes” y un “después”. A este respecto escribe el P. Salvador Carrillo:

“El día de este “bautismo en el Espíritu Santo” goza de particular significación en la vida religiosa de la persona que lo recibe. Cuando la persona es consciente de lo que quiere recibir, *algo pasa en su vida*. Y es fácil de comprender. Porque, si cuantas veces el Espíritu Santo, que es Fuerza de Dios, toma posesión de un creyente algo obra en él, ¡qué será cuando a ciencia y conciencia un cristiano prepara y abre su ser, su espíritu, su alma y su cuerpo, para que el Espíritu Santo lo llene en plenitud y sea quien dirija toda su vida!” (Nº 4, p. 57).

El Cardenal Suenens expresó en una entrevista:

“Participamos del Espíritu por el Bautismo y la Confirmación. Pero hay todavía una necesidad para muchos de nosotros de ser bautizados en el Espíritu, de experimentar una liberación del Espíritu, rendirse a él, permitir al Espíritu de Dios tomar posesión” (Nº 19, p. 3).

3. *Requisitos*

Hay un solo requisito: la conversión a Cristo. “El bautismo en el Espíritu no es un encuentro con el Espíritu sino con Cristo” (Nº 6, p. 7).

“El Bautismo en el Espíritu Santo será un simple rito exterior, acompañado quizá con signos sensibles de dudosa autenticidad, si no ha habido antes un encuentro verdadero con Jesús en conversión y fe, de una manera tal que cambie y transforme la vida... Nadie puede recibirlo si antes no se ha convertido a Jesús y no lo ha puesto como Señor y Centro de su vida... Por los que aceptan a Jesús y se rinden a él como Señor, se ora para que reciban el don del Espíritu” (Nº 23, p. 16-17).

El P. Osowski cita a san Bernardo: “El Espíritu Santo es derramado en nosotros para nuestra salvación, cuando con todo nuestro corazón nos volvemos al Señor, nuestro Dios” (Nº 27, p. 1086).

Algunos insisten en la necesidad de tener una fe confiada y expectante y un gran deseo. En Juan 3,37 el Señor dice: “Si alguno tiene sed”. Pero él mismo crea en nosotros esa sed. “Antes de cada crecimiento nos sentimos desnudos y desamparados” (Nº 22, p. 131).

También Paulo VI, en la audiencia general del 16 de octubre de 1974, se refiere a ese deseo. Dice:

“Nos limitaremos ahora a recordar las principales condiciones por parte del hombre para recibir el don de Dios por excelencia, que es justamente el Espíritu Santo, el cual, como sabemos, “sopla donde quiere” (Jn. 3,8), pero no rechaza el anhelo de quien lo espera, lo llama” (Nº 28, p. 6).

Como puede verse, hay una petición pero también hay una total entrega. Y toda reserva o desconfianza limita la entrega. Una gran parte de los retiros organizados por la Renovación tiene como fina-

lidad preparar a los cristianos para abrirse a la acción del Espíritu Santo.

4. *Manera de pedir el Espíritu Santo*

No hay nada establecido respecto de la oración misma, el lugar, o la forma de hacerla. Dios escucha el deseo del corazón.

Una joven religiosa pidió muchas veces permiso para asistir a retiros carismáticos sin obtenerlo. Una noche, sintiéndose herida y triste por este motivo, se fue a acostar. Mientras rezaba antes de dormirse tuvo una experiencia del amor de Dios que cambió su vida y cuyos efectos han continuado.

Entre los pentecostales clásicos es común pedir el Espíritu Santo estando solos en oración. En cambio los católicos estiman que Pentecostés es para la Iglesia y por eso generalmente lo piden en medio de la comunidad, rodeados por un grupo que ora por ellos, o a lo menos acompañados por una persona. Se evita deliberadamente todo lo que pueda provocar emociones. Y así, se reza en cualquier sala, sin adornos ni música, a cualquier hora del día, en forma sencilla y más bien breve. Si se usa el gesto de imponer las manos, se evita darle solemnidad y se explica que es una señal de solidaridad y amor al pedir a Dios por nuestros hermanos.

Hay personas para las cuales la experiencia ocurre con anterioridad a esta petición que podría llamarse "solemne". Para otras se produce más tarde, o no se produce. No es algo mágico ni automático.

5. *Distintas formas de experiencia*

Algunos reducen toda la gama de experiencias a dos tipos: la experiencia *cumbre* o *de crisis* y la experiencia *de crecimiento*. La experiencia de crisis es una experiencia fuerte, de tipo místico, que se produce en un momento determinado. La experiencia de crecimiento es algo muy suave, que se va notando gradualmente en los días o meses que siguen y puede continuar toda la vida. Este segundo tipo es el más corriente: las personas dicen no haber experimentado nada mientras se oraba por ellas, o solamente paz, y no saben decir el día ni la hora en que notaron que las cosas habían cambiado y continuaban cambiando.

Casi no hay nadie que no hable de paz, o de mucha paz, o una enorme paz. Todos han tenido una experiencia, inmediata o posterior, de la acción del Espíritu Santo.

En la experiencia más fuerte, la persona "es llenada con un abrumador sentimiento de la presencia, poder y amor de Dios. Experimenta gran gozo y al mismo tiempo profunda paz... se siente llenada por la paz, gozo y amor de Dios" (Nº 24, p. 135).

Esto sucede sin que haya un motivo aparente, una imagen o una idea que de lugar a ese gozo.

Todos los testimonios que siguen son de personas a las cuales se les preguntó en qué había consistido su experiencia:

"El grupo rezó por mí, puso las manos; sentí paz y tranquilidad. Nada espectacular" (Una religiosa).
"En una sensación de paz y gozo" (Una dueña de casa).

"En paz completa dentro de mi corazón y el deseo de enseñar el evangelio a todo el mundo (Una joven de 19 años).

"En mucha paz" (Un técnico de 33 años).

"Paz y alegría intensos" (Una profesora de 65 años).

"En sentirme unido a Dios y a todos los miembros del grupo" (Un hombre de 45 años).

"Cuando el Padre rezó por mí me sentí muy feliz y podía orar con más facilidad" (Una señora de 46 años).

"Gozo, alegría, amor, nuevo sabor para la palabra del Señor, una nueva experiencia de Dios como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Una apertura más plena a la acción del Espíritu Santo en mí" (Un religioso).

"Todos los efectos usuales: mejor coordinación, alegría, lenguas, más facilidad para rezar, más gusto y comprensión al leer la Biblia" (Un sacerdote).

"Mientras oran, lo único que sentí fue el amor de los demás. Después comprendí que había recibido algo y que debía cuidarlo como se cuida una planta porque si no era fiel lo perdería. Después eso comenzó a crecer" (Un sacerdote).

"Hace más de un año, pero es algo que no puedo olvidar. Sentí mucha alegría, una confianza en Dios que nunca había tenido, una fe enorme. Vi que podía adentrarme en la Biblia que antes no me decía absolutamente nada. Mi vida ha seguido siendo mucho más alegre" (Un profesional).

"Cuando oraron pidiendo el Espíritu Santo conocí que Cristo estaba vivo y eso fue una gran sorpresa, un descubrimiento maravilloso" (Una joven).

"No sentí nada extraordinario, pero sí una paz profunda, un deseo de quietud y recogimiento que me hizo estar sin apenas moverme hasta la hora de la misa. Un gustar de la frase que me venía una y otra vez a la mente: "Tanto tiempo que estaba contigo y no me habías conocido"... Mi alegría y paz eran profundas pero no desbordantes al exte-

rior; al contrario, sentía ansia de silencio" (Una religiosa).

"Sentados en un banco del jardín, un Padre rezó por mí. Cuando terminó me encaminé a la capilla para estar sola y rezar. Había caminado algunos pasos cuando sentí una enorme alegría. Tenía paz, un recogimiento profundo y amaba a cada persona con un amor que no era propio de mí. Las preocupaciones dejaron de aplastarme y empecé a mirar el futuro sin temores. Dios era tan real como la luz del sol. Desde entonces mi vida es una aventura" (Una religiosa).

6. *Las emociones*

Siendo el hombre una totalidad, no puede extrañar el hecho de que, cuando Dios hace sentir su acción en lo más profundo del ser por una auténtica experiencia religiosa, haya una repercusión que alcance los sentimientos y las emociones. Dorothy Raganhan escribe: "Ciertamente en todo acto de amor se encuentra involucrada alguna emoción y la persona responde emocionalmente de acuerdo a su temperamento" (Nº 29, p. 10). Por otra parte: "Hay un nivel *más profundo* de gozo y amor que no es emocional sino que pertenece a la facultad de la voluntad puramente espiritual" (Nº 25, p. 36-37).

Al pedir el Espíritu Santo no se busca provocar una experiencia por medio de los sentimientos o las emociones. Esa experiencia no sería auténticamente religiosa. Más aún, "las emociones super excitadas obstaculizan la acción del Espíritu Santo, tanto como un intelecto activo en exceso o una voluntad sobre estimulada" (Nº 2, p. 62).

Por lo demás, las emociones no duran; una experiencia puramente emocional va disminuyendo y desaparece sin transformar a la persona.

Es diferente cuando la emoción se produce naturalmente como consecuencia de la experiencia y de la transformación. En este caso el gozo, el amor, la paz no solamente duran sino que suelen aumentar y esto sucede a pesar de las pruebas y las dificultades.

Se puede concluir con el P. O'Connor: "La experiencia no es producida por la emoción, no consiste en emoción, y sus efectos principales y característicos no son emocionales" (Nº 25, p. 32).

Por lo que se refiere a las lágrimas, conviene recordar que antiguos maestros espirituales como Isaac el Sirio y Simeón el Nuevo Teólogo hablaron de un bautismo de lágrimas que señalaba la conversión a una vida más perfecta (Ver Nº 18, p. 76).

Además de las emociones, hay personas que acusan diversas sensaciones de orden físico. Los relatos ilustran lo dicho en este punto:

Se rezaba pidiendo el Espíritu Santo en una sala llena de sol. Un jardinero lloraba en silencio. Una campesina comenzó a decir: ¡Dios me ama! ¡me ama! y seguía repitiéndolo con sorpresa, maravillada.

Una niña interrogada sobre su bautismo en el Espíritu respondió solamente: "Lloré toda la noche".

Efectos físicos:

"Sentí un calor intenso recorriendo todo mi cuerpo y después una alegría grande, deseos de llorar

y de decirle a todos que quería abrazarlos como a hermanos aunque no los conocía (Señora, 47 años).

"Sentí un calor sofocante en todo el cuerpo" (Industrial, 42 años).

"Sané del dolor de cintura y taderas y de la hinchazón de mis pies y piernas" (Dueña de casa, 37 años).

"Sufría de continuas pesadillas. Desde el día de mi bautismo en el Espíritu desaparecieron completamente por muchos meses" (Una religiosa).

7. Efectos

Ya sea que la experiencia pueda compararse a un mediodía esplendoroso o sólo a la suave luz del amanecer, lo cierto es que el panorama de la vida parece haber cambiado definitivamente y para siempre. La persona no sabe *qué* es lo que produce su paz, su alegría y esa nueva profusión de amor y de vida, si no es Dios. Dios se acerca, se da a conocer y todo cambia de color: los valores no son los mismos de antes. Como que ha nacido una nueva *fe*.

Interrogada respecto de si ha habido cambios en su práctica religiosa, una señora joven responde: "Antes no tenía suficiente fe, ni el conocimiento de la palabra de Dios; ahora sí".

Dios aparece muy distinto de lo imaginado, se nota su presencia y se experimenta su amor; se confía en él, se le habla espontáneamente y se le alaba porque es maravilloso. Se puede volver a ser como niño porque se descubre al Padre. Cristo vive, resucitado y glorioso; y el Espíritu Santo parece estar transformando el mundo. Surge *la esperanza*.

Al terminar un retiro en que había pedido el Espíritu Santo, un sacerdote dijo: "Lo único que me sucedió ayer es que por primera vez en la vida comprendo lo que significa la esperanza. Nunca la conocí antes; ahora la tengo".

Es muy común la experiencia de sentirse como bañado en el *amor* de Dios. Muchos también, por primera vez en la vida, sienten que aman a Dios. Como Dios está siempre presente y su amor se descubre en todo, orar es tan inevitable como respirar y hay una felicidad en cantarle a Dios. Se desarrollan los dones del Espíritu Santo, que enumera Isaías 11,2: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia y temor de Dios.

En muchos casos es difícil distinguir entre las virtudes teologales y los dones del Espíritu Santo; pero lo cierto es que la vida de piedad pasa a ser muy distinta de antes. No se puede afirmar que sea superior a la de otras personas, sino que es mejor que la que esa misma persona llevaba anteriormente.

El don de *sabiduría* se manifiesta en el gusto por la oración, oración silenciosa y aún experiencias de carácter místico. La Misa, los Sacramentos, las antiguas devociones olvidadas, pasan a estar llenas de sentido incluso para las personas que habían dejado durante años toda práctica religiosa.

La Sda. Escritura se descubre como fuente inagotable de luz y fervor: los salmos del oficio, los textos de la Misa, la lectura en privado o en grupo, son un alimento diario. Hay hambre de escuchar la palabra de Dios y de escuchar a Dios.

Un ejecutivo de una empresa escribe: "Desde que fui al retiro me levanto conversando con el Señor, diciéndole tonterías como: "Señor, tu sabes que apenas tengo 15 minutos para tomar café y no podré orar mucho'. Converso también tonterías mientras viajo a la oficina. Llego a las 7.20 y abro el cajón donde guardo un Nuevo Testamento. Encuentro ahí luz. Como a las 10.30 siento necesidad de reabastecerme de Espíritu y leo otro trocito de la palabra viva".

A una pregunta respecto de cambios en su práctica religiosa, un universitario de 23 años responde: "Sí; antes no iba a Misa, no comulgaba y no leía nunca la Biblia".

En Aysén, después de una oración para pedir "sanación" interior o de orar para pedir el Espíritu Santo, son muchos los que desean confesarse. Y las personas tímidas de las que a duras penas se lograba arrancar una palabra, comienzan a hacer interminables confidencias. Al término de una misión, un anciano se puso de pie y declaró que había decidido hacer su primera comunión.

El don de *ciencia* se manifiesta en la naturalidad con que se ve a Dios en todo. La *fortaleza* en que, si bien los problemas exteriores no desaparecen, en cambio dejan de aplastar a las personas; y los temores e inhibiciones son superados por una nueva energía que se siente como recibida de Dios.

"Volví del retiro al convento donde estaba alojando y subí a la terraza: el cielo era mucho más azul y el verde de los árboles más hermoso. Tomé el libro de las Horas para rezar el oficio, pero no lograba terminarlo: en cada frase de los salmos encontraba tesoros insospechados. Los problemas, que tanto me habían preocupado en el trabajo, seguían existiendo; pero no me abrumaban porque sabía que Dios me ayudaría".

El don de *consejo* se manifiesta en que la persona se siente guiada por Dios; está atenta a conocer su voluntad porque desea cumplirla; aprende a escuchar las inspiraciones y a seguirlas.

Durante el primer año de la Renovación en Chile algunos se preguntaban: "¿por qué llamarlo movimiento carismático?" Los carismas no abundaban, en cambio eran evidentes desde el principio los "*frutos del Espíritu Santo*": paz, gozo, amor, paciencia... (Gál. 5,22-23). Paz a un nivel más profundo que las dificultades, gozo que surge del interior como una vertiente; amor, paciencia y bondad que suavizan y mejoran las relaciones entre las personas, en las familias, el trabajo, la comunidad.

Hay "un ensanchamiento de las capacidades de amistad, de acogida, de servicio... comunión profunda que hace nacer comunidades en las que tanto los recursos como los proyectos son íntegramente puestos en común" (Nº 15, p. 38).

Todos, o casi todos, tienen la experiencia de haber sido liberados, "sanados", de hábitos, debilidades, angustias, sentimientos de culpa, y aún enfermedades.

"Inhibiciones que desaparecen, energías que son liberadas... disociaciones superadas... el sujeto es habitado por la *fuerza* o el *dinamismo* del Espíritu" (Nº 15, p. 35-36).

El entusiasmo para dar testimonio y evangelizar es característico de las personas que han tenido una experiencia pentecostal, como también la disposición para desempeñar servicios y ministerios en la comunidad.

8. *La "vida en el Espíritu"*

Lo que en lenguaje pentecostal se llama "vida en el Espíritu" es una vida guiada por las inspiraciones del Espíritu Santo, o al menos una vida de búsqueda de la voluntad de Dios. Para algunos esto supone cambios bastante grandes en la manera de vivir. Para otros los cambios exteriores pueden ser menores, pero serán invitados a pasar de un estilo de vida meramente legalista a una vida inspirada por el Espíritu. Para los que ya vivían según el Espíritu, siempre habrá algo nuevo que les propondrá Dios en orden a la entrega a él y el servicio de los hermanos.

La experiencia inicial es sólo un comienzo, no significa madurez ni santidad ya conseguidas, sino invitación y aliento para seguir más adelante en constante conversión.

Algunos han experimentado una especie de luna de miel de muy diversa duración. A todos se les recuerda que Jesús, después del bautismo en el Jordán, fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado. Este es uno de los motivos que hace aconsejable la integración en una comunidad de oración donde es posible encontrar enseñanza, consejo y apoyo de los que tienen más experiencia.

Los efectos de un retiro en que se pide la efusión del Espíritu suelen ser duraderos; en lugar de irse desvaneciendo con el tiempo, son muchos los que tienen la experiencia de una intensificación progresiva. Se asiste a otros retiros, no para buscar una repetición de la experiencia inicial, sino para dar un paso más adelante.

Para la mayoría, esa primera apertura a la acción de Dios en el bautismo en el Espíritu es una experiencia única, irrepetible, el comienzo de una vida, en otro nivel de espiritualidad. Se experimenta lo que escribe un teólogo anglicano:

“El Espíritu Santo quiere darnos una capacidad espiritual que no poseemos: capacidad para adorar, para dar testimonio y para contribuir a la construcción del cuerpo de Cristo” (Nº 11, p. 24).

LA APERTURA AL ESPIRITU

1. *El nuevo nacimiento*

En su conversación con Nicodemo, Jesús declaró que para “ver el reino de Dios” era necesario “nacer de nuevo... nacer del agua y del Espíritu” (Jn. 3, 3-5).

San Pedro en su discurso del día de Pentecostés toca el mismo punto: es necesario arrepentirse, bautizarse cada uno en el nombre de Jesucristo para el perdón de los pecados, y recibir así el don del Espíritu Santo” (Hech. 2,38).

Estas palabras de Pedro vienen a ser la conclusión práctica de un largo discurso que resume la proclamación del evangelio, esa “buena noticia” de la redención del hombre por una extraordinaria manifestación del amor de Dios a nosotros.

Se trata de lo que se llama el “misterio pascual”: El Hijo de Dios, enviado para salvarnos, fue “muerto por manos de inicuos y crucificado”. Pero Dios lo resucitó y, habiendo sido “exaltado a su gloria” derramó su Espíritu sobre los apóstoles y discípulos. Ese Espíritu estaba destinado a llenar también a todos los que se “bautizaran en el nombre de Jesús”.

“Para expresar la riqueza del suceso pascual, la Iglesia primitiva desarrolló toda una constelación

de ritos: la instrucción de los catecúmenos, exorcismos, unciones, entrega del credo, bendición del agua bautismal, baño de inmersión, imposición de las manos (o unción con aceite), vestidura blanca, celebración de la Eucaristía. Aunque esta iniciación, una e integral, variaba en sus elementos constitutivos de un lugar a otro... se consideraba como una sola iniciación" (Nº 17, p. 77).

Todos estos elementos eran la representación exterior del nuevo nacimiento. Pero, ¿en qué consistía el nuevo nacimiento para la persona que era iniciada?

San Pedro lo resume de esta manera: perdón de los pecados y recepción del Espíritu Santo (Hech. 2,38); San Pablo lo describe más largamente, como veremos a continuación.

a) Anté todo es *incorporación en Cristo*.

"Todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte; porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva" (Rom. 6,3-4).

Somos "templo del Dios viviente... templo del Espíritu Santo... miembros del Cuerpo de Cristo" (2 Co. 6,16; 1 Co. 6,19; Ef. 5,30).

Esta incorporación es tan profunda que hace caer todas las divisiones humanas que separan a los hombres:

"todos somos hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, porque todos los que hemos sido bautizados

en Cristo estamos revestidos de Cristo. Ya no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer; porque todos somos uno en Cristo Jesús” (Véase Gál. 3,26-28).

b) *Crecimiento en Cristo*

Es la segunda función del Espíritu Santo en nosotros, porque Dios quiere que “todos lleguemos... a la medida de la estatura plena de Cristo, para que ya no seamos niños fluctuantes... sino que, siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es Cristo, de quien todo el cuerpo, bien armonizado y unido entre sí... recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (Ef. 4,13-16).

c) *Contribución a la comunidad*

La tercera función del Espíritu Santo es la capacitación del cristiano para contribuir al bien de la comunidad.

“Cristo mismo constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y maestros... para la construcción del Cuerpo de Cristo” y “a cada uno le es dada una manifestación diversa del Espíritu para provecho de ese Cuerpo” (Ef. 4,11-12; 1 Co. 12,7).

De esta función del Espíritu hablaremos más adelante.

2. *El compromiso del nuevo nacimiento*

Los que recibían el bautismo en la Iglesia primitiva sabían muy bien que no se trataba de un rito mágico; no era una ceremonia que transformaba al hombre sin tomar en cuenta las disposiciones interiores.

Ya lo había indicado san Pedro: se requería una conversión, es decir el arrepentimiento de los pecados propios, el rechazo del mal en todas sus formas, la fe en Cristo, el compromiso de seguirlo. San Pablo escribió: "Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu" (Gál. 5,24-25).

En los meses de su preparación al bautismo, cada catecúmeno ponderaba el cambio de vida que se le presentaba. Debía renunciar a las costumbres paganas, "tomar la cruz de Cristo y seguirle cada día", se sentía llamado a este compromiso con Cristo, sabía que solamente lo podría cumplir por obra del Espíritu Santo, pero estaba seguro de recibirlo y de sentir su acción poderosa.

Alrededor de él, el catecúmeno veía a muchos que habían sido paganos como él. Veía la transformación de sus vidas; escuchaba de ellos el relato de esa transformación; era evidente su felicidad. Valía la pena renunciar a la falsa libertad del paganismo para que en adelante Jesucristo fuera realmente el Señor de su vida.

Los hechos confirmaban las expectativas del catecúmeno. Para los cristianos primitivos el bau-

tismo traía *una experiencia del Espíritu* y ya no dudaban de su "nuevo nacimiento". Ese nuevo nacimiento era una experiencia carismática: gozo intenso, alabanza a Dios, expresión en lenguas, percepción dentro de sí del Espíritu que ora, que santifica, que capacita con carismas, que da una "garantía" o arras de la felicidad eterna (Véase entre otros textos, Hech. 8,17-18; 10,45-46; 19,1-7).

3. *Bautismo y conversión*

La mayor parte de los cristianos de hoy tienen una experiencia muy diversa de la de los primeros cristianos.

Desde luego nosotros, casi todos, hemos sido bautizados en nuestra infancia. No había, pues, la posibilidad de una larga y profunda preparación, ni de un compromiso personal, ni de la expectación de una efusión sensible del Espíritu Santo.

Gracias a la voluntad de nuestros padres y padrinos que hicieron por nosotros las promesas del Bautismo, recibimos el Espíritu Santo y fuimos realmente incorporados en el Cuerpo de Cristo. Pero quedamos nosotros con la obligación de hacer efectivas en nuestra vida esas promesas, no tanto en el momento de una conversión dramática, sino a través de un crecimiento en la vida cristiana; podríamos decir, a través de una conversión continua.

En este crecimiento hubo algunos momentos privilegiados: la Primera Comunión, la Confirmación.

Si hubiésemos sido preparados, como los antiguos catecúmenos, para una conversión importante de nuestra parte y una efusión extraordinaria del Espíritu Santo, con sus gracias de santificación (incluida la oración en lenguas) y sus dones carismáticos para servir a los demás, sin duda habríamos experimentando un cambio notable en nuestras vidas.

Es de observar que no habría bastado oír la enseñanza en clase, habría sido necesario saber, por la experiencia de las personas con que convivíamos, que el Espíritu Santo realmente se manifestaba. Esto está confirmado por el caso siguiente:

En Valdivia el P. Juan F. preparó a 67 de sus feligreses para la Confirmación. A todos dio la misma enseñanza pero solamente la captaron en toda su realidad 5 personas que frecuentaban un grupo de oración; esas 5 personas experimentaron con diversa intensidad la efusión del Espíritu, y sintieron que el Sacramento significaba algo importante en su vida. Los otros no tuvieron esta experiencia.

Pero lo que no se realizó en nuestro Bautismo ni en nuestra Confirmación, puede realizarse en algún otro momento, por ejemplo, con ocasión de un retiro. Algunos, como H. Mühlen, hablan de una "segunda conversión", en oposición al primer conocimiento de Jesús adquirido en la niñez.

Esta conversión está preparada por un mayor conocimiento de la esencia de nuestra fe: no un conjunto de doctrinas sino Jesucristo, como centro de nuestra vida, Salvador y Señor (Véase Hech. 2,36).

Estamos insertados en el Cuerpo de Cristo glorioso; toda nuestra vitalidad profunda, la de nuestro espíritu, proviene de él, de su Espíritu; sin él nada podemos hacer.

El compromiso con Cristo implica la entrega a su Espíritu, la docilidad a sus inspiraciones, la receptividad ante sus dones, la apertura para con nuestros hermanos que forman parte del mismo Cuerpo, y con los cuales estamos unidos en el mismo Espíritu.

La segunda conversión supone una gracia de Dios: gracia extraordinaria por su importancia, pero también gracia común ya que Dios llama a todos a esta conversión. El testimonio de otros que han experimentado esta gracia es el mejor aliento para los que se sienten llamados a dar el paso.

Porque toda conversión es un compromiso, un paso decisivo en la vida. Y se da este paso con tanta mayor resolución cuanto mejor se conoce el valor de la meta y cuanta mayor confianza se tiene de alcanzarla.

La segunda conversión es un paso en fe, en contradicción con "el ateísmo de corazón que niega la posibilidad de que el Espíritu de Dios y Cristo puedan ser activos entre los hombres en el tiempo presente" (Nº 20, p. 113).

El "Bautismo en el Espíritu" o "efusión del Espíritu" es la experiencia que corresponde a esta segunda conversión. Y nuevas conversiones traerán consigo nuevas experiencias similares. Todas estas conversiones serán respuestas del hombre a las invitaciones de Dios que pide un cumplimiento cada

vez más pleno del compromiso del Bautismo. Y cada nueva conversión remueve más los obstáculos que impiden nuestra receptividad a las gracias de Dios.

La experiencia inicial es el primer paso —y por eso muy importante— en la apertura al Espíritu. Es también el descubrimiento de los dones del Espíritu.

ACCION DEL ESPIRITU SANTO

En la experiencia religiosa intervienen muchos elementos que son huellas de la acción de Dios. Para examinar estas huellas las clasificamos, señalando entre ellas divisiones que no coinciden exactamente con la realidad; hablamos de dones, frutos, carismas, ministerios...

1. *El Don de Dios*

Antes de hablar de dones del Espíritu Santo debemos tratar del Espíritu mismo. Los dones son manifestaciones de ese Espíritu y él es el gran don.

Penécostés inaugura una acción nueva de Dios. San Pedro indica esto cuando cita la profecía de Joel: "*en los postreros días derramaré mi Espíritu sobre todo hombre, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán...*" (Hech. 2,17).

Jesús había predicho esta acción nueva: los apóstoles debían esperar en la ciudad hasta que él enviase "la promesa del Padre" y fueran ellos "revestidos de poder desde lo alto" (Lc. 24,49). Este Espíritu permanecería con ellos para siempre ejerciendo un oficio de compañía, intercesión, consejo, iluminación, fortalecimiento. Sería "Dios con nosotros"

presente, perceptible, transformador, enriquecedor: el Paráclito.

La acción nueva se manifiesta realmente sólo en la comunidad, porque solamente allí cobra todo su significado: la comunidad es el nuevo templo donde se adora en Espíritu y en Verdad, el nuevo Cuerpo del Resucitado y de sus discípulos en El (Cfr. Jn. 2,19-22; 4,23-24; 17,19-23). En el Antiguo Testamento el Templo había sido el lugar privilegiado para el encuentro con Dios. Allí se experimentaba la fascinación de lo divino. Desde la Resurrección y Pentecostés, nuevas relaciones de fraternidad en Cristo ponen de manifiesto la presencia de Dios, y es la comunidad *el lugar y el medio* donde se comunica Dios. "Debe afirmarse que el Espíritu es la fascinación divina y vivificante en que los cristianos se encuentran unos con otros. El es la realidad incorpórea que hace posible la experiencia física de Dios" (Nº 21, p. 24).

Los primeros cristianos ciertamente vivieron en esta nueva atmósfera: la comunidad de Jerusalén que se reunía cada día, unánime, para partir el pan, oír la doctrina de los apóstoles, orar juntos, y dar testimonio ante el pueblo. Los judíos, a distancia, estaban intrigados: admiraban el amor de los neo cristianos y los milagros que se producían por su oración; pero también sentían temor: Dios estaba allí (Hech. 5,12-13).

Esta vida fascinante se producía en Filipos en la casa de Lidia, donde se reunían socorros para enviar a Pablo (Flp. 1,8; 4,10-18); en Corinto, en casa de Aquila y Priscila, donde los cristianos fueron "enri-

quecidos en toda palabra y toda ciencia... de tal manera que nada faltara de ningún don divino" (1 Co. 1,4-7); en Troas donde una reunión con Pablo se prolongó toda la noche y un joven cayó del segundo piso y fue revivido por el apóstol (Hech. 20, 7-12); en Tiro donde los cristianos se despiden de Pablo arrodillados todos en la playa a la vista del barco que estaba listo para zarpar (Hech. 21,5-6).

Los que aspiraban a formar parte de estos grupos pedían el bautismo, y este sacramento los transformaba: "el Espíritu caía sobre ellos" y "los llenaba" (Hech. 10,44; 9-17); surgía alabanza, alabanza en lenguas, valentía para predicar, poder para atestiguar con su cambio de vida, milagros, expulsión de demonios, amor de los hermanos... La señal más importante era la vida comunitaria: la unión, la oración, la alegría, la participación de los bienes, la ayuda enviada a otras comunidades. "Salvado por el bautismo y por la renovación en el Espíritu Santo" cada cristiano se sentía "sellado con el Espíritu", "lavado, santificado, hecho justo en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios", "incorporado en un Cuerpo", "poseedor de las primicias de la vida eterna", "templo donde habita Dios y ora el Espíritu incesantemente" (Ti. 3,5; 2 Co. 1,22; 1 Co. 6,11; 12,13; 3,16; Rm. 8,26).

San Juan escribe: "Sabemos que Jesucristo permanece en nosotros por el Espíritu que nos ha dado": cada uno experimentaba en sí mismo y en la comunidad esta presencia activa del Espíritu (Jn. 3,24).

Nos permitimos copiar una página de Herbert Schneider, s. j.:

“El bautismo y el don del Espíritu son inseparables. El don del Espíritu marca el comienzo de una relación del individuo con Dios (Gál. 3,1-5.14; 2 Co. 1,21-22; Gál. 4,6; Rm. 8,15). Entonces algo nuevo sucede en el hombre. El don del Espíritu no es una cosa. Es dinámico, es la vida misma. Es un poder que se da continuamente, una relación continuada, relación con Dios (Ti. 3,4-7; 1 Tes. 4,8). Hace posible vivir según la voluntad de Dios. Nos capacita para responder a Dios en la oración de hijo (Gál. 4,6; Rm. 8,15.26-27). La unidad entre los cristianos, la lealtad de uno hacia el otro, la esperanza de plenitud final, la capacidad de servir —todo esto se nutre de la experiencia del poder siempre actual del Espíritu dentro de nosotros (Ef. 4,4-6; 2 Co. 1-21; 1 Co. 12-13).

“Pablo insiste en que el Espíritu de Jesús es el comienzo y el término de la vida cristiana. Nos equivocáramos completamente si pensáramos que Pablo veía en la posesión del Espíritu sencillamente la capacidad de cumplir con los mandamientos. El Espíritu de Jesús cambia nuestra misma manera de existencia. El amor de Dios mismo se convierte en nuestro acto de existencia. Por lo tanto, amor y las cualidades que fluyen de él son las señales del bautismo en el Espíritu Santo. Este mismo amor es el poder para servicio en la comunidad. Los carismas no son sino el amor de Dios derramado en nuestros corazones, hecho visible ahora en servicios específicos en la comunidad: convocando a la comunidad, orientándola más plenamente al Señor, construyéndola como el pueblo de alabanza que Dios llamó en y por medio de Jesús (Ef. 1,14).

“El Espíritu es la fuerza misionera de la Iglesia. El revela a Jesús y da el don de alabanza y así forma la comunidad eucarística... El Espíritu es el fundamento de todos los aspectos de la vida cristiana. El Espíritu revela a Jesús. Nos permite experimentar nuestra nueva relación con Dios. Esto resulta en el don de alabanza, “Abba-Padre”.

“Las manifestaciones carismáticas del Espíritu son importantes y esenciales tanto para Pablo como para Lucas en el libro de los Hechos. Para ambos, el don del Espíritu es una experiencia conciente de la nueva relación con Dios por medio de Jesús; y esta nueva relación es manifestada en y por la capacidad para amar a los hermanos con el mismo poder vivificante de Dios. Porque, en ambos casos, este proceso comienza con oír y aceptar el evangelio en fe y obediencia, y continúa con la entrega de sí mismo a Jesús de una manera manifiesta en la Iglesia por medio del bautismo y del Espíritu de filiación que es señal de aceptación por parte de Dios. De esta manera, el nuevo cristiano es capacitado por Dios para incorporarse a la comunidad de sus hijos” (Gál. 4,6; Rm. 8,15). (Nº 30, p. 45-47).

2. *Las gracias de santificación*

S. Pablo menciona virtudes que el cristiano asume y usa como armas en la lucha contra el mal; habla también de un cambio de ser: nos despojamos del hombre viejo para vestirnos del hombre nuevo, vestirnos de Cristo y de sus virtudes; habla de la inhabilitación del Espíritu Santo en nosotros, de su creci-

miento y plenitud en nosotros, habla también del fruto del Espíritu.

Son aspectos diversos de la redención operante en nosotros, por la cual el Padre nos traslada al Reino del Hijo de su amor, santificándonos por su Espíritu (Col. 1,13; Rm. 5,5).

a. *Las armas del cristiano.* Nuestra lucha no es tanto contra enemigos materiales cuanto contra malas pasiones y malos espíritus. Por esto debemos revestirnos de las armas de Dios (Ef. 6,11-12).

Inspirado sin duda en Isaías 59,17, san Pablo enumera estas armas: coraza de la fe y de la caridad, casco de la esperanza (I Tes. 5,8), el cinturón de la verdad, la coraza de la justicia, el calzado del celo por el evangelio de la paz, el escudo de la fe, el casco de la salvación, la espada del Espíritu que es la palabra de Dios (Ef. 6,14-17).

En 2 Co. 6 describe su propia actividad de ministro de Dios como una lucha en que, revestido con armas ofensivas y defensivas, vence tribulaciones, necesidades, angustias.

b. *Despojarnos para revestirnos.* La lucha supone el manejo activo de las armas; pero también, más fundamentalmente, habernos despojado "de las obras de las tinieblas para revestirnos de la armadura de la luz", que equivale a "revestirnos del Señor Jesucristo" (Rm. 13,12-14).

De hecho, todos los bautizados en Cristo nos hemos revestido de Cristo (Gál. 3,27); pero se necesita de parte nuestra un esfuerzo para despojarnos

del hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias, y para "revestirnos del hombre nuevo creado según Dios en justicia y santidad verdaderas" (Ef. 4,22-24). "Todo el que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo; todo es nuevo" (2 Co. 5,17); pero se requiere siempre nuestra buena voluntad para revestirnos de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándonos unos a otros y perdonándonos mutuamente. . . Sobre todo debemos revestirnos de amor, que es lo que nos une y completa todas las cosas (Col. 3,12-14).

Este vestirnos de Cristo, aún de sus sentimientos más íntimos (Fil. 2,5), es lo que nos transforma haciéndonos más y más como Cristo, reflejando en nosotros la gloria del Señor (2 Co. 3,18). Hay colaboración nuestra, como hemos visto, pero sobre todo hay una acción del Espíritu de Jesús.

c. *Madurez espiritual y plenitud del Espíritu.* El Espíritu de Jesús es el que opera nuestra transformación. Recibimos ese Espíritu en el bautismo (1 Co. 12,13), pero podemos contristarle (Ef. 4,30) y podemos apagarlo (1 Tes. 5,19). Podemos también entusiasmarnos con los dones y descuidar el crecimiento en madurez.

En la 1ª Carta a los Corintios, san Pablo tuvo que reprenderlos. No les faltaba ningún carisma (1,7) pero el apóstol se ve obligado a hablarles como a personas imperfectas e inmaduras (3,1-3). Estaban ufanos con los dones recibidos de Dios pero Pablo les recuerda que, sin el amor, todos esos dones de

nada aprovechan (13,1-3). En seguida describe ese amor: se manifiesta en una serie de cualidades y es tan fundamental que viene a constituir el criterio de madurez (3,4-11), precisamente de esa madurez que les faltaba a los Corintios.

- Ahora bien, si el amor que describe san Pablo es la medida de la madurez, será maduro el cristiano que esté lleno de amor, o lleno del Espíritu que siempre infunde en nosotros ese amor con todas sus maravillosas manifestaciones (1 Co. 12; Rm. 5,5). De aquí viene la imagen de plenitud, la plenitud que corresponde en cada cristiano a su capacidad actual. Los Corintios habían recibido el Espíritu, pero no daban muestras de estar llenos del Espíritu.

Estas muestras de plenitud las describe san Pablo en su carta a los Efesios: "Manténganse llenos del Espíritu Santo; hablando unos con otros con salmos, himnos y cantos espirituales; cantando y alabando de todo corazón al Señor; dando siempre gracias a Dios el Padre por todas las cosas en el nombre de nuestro Señor Jesucristo; sometándose los unos a los otros por respeto a Dios" (Ef. 5,18-21).

d. *El fruto del Espíritu.* "No se engañen ustedes... lo que el hombre siembra, eso también cosechará. Si uno siembra lo que agrada a la propia naturaleza, esa misma naturaleza le dará una cosecha de muerte. Pero si siembra lo que agrada al Espíritu, el Espíritu le dará una cosecha de vida eterna" (Gál. 6,7-8). "Ustedes antes vivían en la oscuridad, pero ahora son luz en el Señor: Vivan como hijos de la

luz. La cosecha de la luz es toda bondad, justicia y verdad" (Ef. 5,8-9).

"Vivan según el Espíritu... La cosecha o fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio" (Gál. 5,16.22-23).

Si la fuente de nuestra vida es el Espíritu, debemos "déjar que el Espíritu nos guíe" (Gál. 5,25); entonces aparecerán estos frutos que sobrepasan nuestras fuerzas. "¿Acaso podemos completar con nuestros propios esfuerzos lo que comenzamos en el Espíritu?" (Gál. 3,3).

La cosecha o fruto del Espíritu consiste en los rasgos que manifiestan esta plenitud del Espíritu en nosotros.

c. *Iluminación y los siete dones.* El Espíritu Santo no sólo produce frutos en nosotros, es decir, actos de virtud que no podríamos producir con nuestras solas fuerzas; hace más: nos "ilumina" para que seamos "guiados por el Espíritu de Dios" (Rm. 8,14). No basta que cada acción sea "en Cristo", buena en sí, digna de un hijo de Dios; es necesario "andar en el Espíritu", proceder según la voluntad de Dios que nos es revelada.

San Pablo insiste más y más en esta docilidad del cristiano para ser conducido por la inspiración divina. Pide "sin cesar" para sus cristianos "que sean llenos del conocimiento de la voluntad de Dios en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que anden como es digno del Señor, agradándole en to-

do... fortalecidos con todo poder... dando gracias al Padre..." (Véase Col. 1,9-11).

Notemos todos estos elementos: conocimiento - sabiduría - inteligencia - andar con acierto - agrado del Señor - fortaleza - gracias al Padre. Nos recuerdan el texto de Isaías que elaboró Sto. Tomás de Aquino en su doctrina de los Siete Dones del Espíritu Santo: conocimiento, sabiduría, entendimiento, consejo, temor, fortaleza y piedad (Is. 11,2-3 en el texto de los LXX; Sto. Tomás: Sum. Theol. 1-2,68).

Para recibir la inspiración divina y ser dóciles al Espíritu necesitamos estos dones, porque perfeccionan nuestra receptividad para percibir la luz del Señor y nuestra prontitud para dejarnos guiar. Son señales de madurez espiritual que permite entrar "en los caminos de los designios de Dios... Los que se guían por los dones del Espíritu Santo se comparan a un barco que navega a toda vela, viento en popa" (Nº 14, p. 218, 229 del Tomo I).

Paulo VI tocó este punto en su discurso al Congreso carismático cuando dijo: "esta búsqueda de Dios quiere ser pura acogida de Aquel que nos ama y se entrega libremente, deseando (porque nos ama) comunicarnos una vida que hemos de recibir gratuitamente de El, pero no sin humilde fidelidad de nuestra parte" (Nº 1, p. 25).

La iniciativa es siempre de Dios no sólo en el comenzar de nuestra conversión sino también en el continuar y llegar al término (Flp. 1,6).

A los que están abiertos a los dones del Espíritu Santo, atentos y obedientes a las inspiraciones del Señor, podemos aplicar en toda plenitud las pala-

bras de san Pablo: "Los que se dejan dirigir por el Espíritu tienden a lo propio del Espíritu... Hijos de Dios son todos y sólo aquellos que se dejan llevar por el Espíritu de Dios" (Rm. 8,5.14).

Con Gelpi podemos concluir: "Los siete dones del Espíritu Santo nos confieren la docilidad al Espíritu para adquirir la mente de Cristo y asociarnos activamente a su misión mesiánica" (Nº 9, p. 172).

f. *Las bienaventuranzas.* La acción del Espíritu Santo culmina en nosotros al hacernos semejantes a Jesús; si buscamos en el Evangelio un retrato de Jesús, no encontraremos uno mejor que el de las bienaventuranzas. Contienen las demás semblanzas del Señor (Véase Mt. 5,2-12; 11,29; 12,17-21; Lc. 6, 20-26; 11-28).

La semejanza con Jesús está llena de misterio, porque por una parte incluye sufrimiento y por otra gloria: "ustedes llorarán y se lamentarán... estarán tristes" (Jn. 16,20) pero al mismo tiempo "el Espíritu del Señor nos va transformando en su imagen con resplandor creciente" (2 Co. 3,18).

3. *Los ministerios y carismas*

A. Necesidades del Cuerpo

Todo cuerpo social tiene ciertas necesidades fundamentales, normas que rigen el funcionamiento, y una directiva que asegura el cumplimiento de las normas.

De la misma manera, el Cuerpo de Cristo en la tierra que es la Iglesia, tiene estas necesidades fundamentales. Para responder a ellas es preciso que haya cristianos que las sirvan. Este servicio es lo que se llama ministerio.

El libro de los Hechos de los Apóstoles (6,1-6) nos presenta la institución de un ministerio en la primitiva Iglesia. Urgía la necesidad de servir mejor el reparto de víveres a las viudas indigentes. "Entonces los apóstoles convocaron a la multitud de los discípulos y dijeron... Busquen hermanos de entre ustedes... a quienes encarguemos de este trabajo. Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra". Así se instituyó el servicio o ministerio de los diáconos.

El Cuerpo de Cristo tiene especiales necesidades que no se dan en ningún otro grupo social. Podemos señalar las tres principales:

a. *La oración*: una vez incorporado un miembro en el Cuerpo de Cristo es necesario que se mantenga vitalmente unido a la Cabeza. Jesús dijo: "Sin mi nada pueden ustedes hacer" (Jn. 15,5; véanse Ef. 4, 15-16; Col. 2,19).

b. *La comunidad*. Los cristianos están llamados a formar "iglesia" es decir comunidad. Cada comunidad es un reflejo del Cuerpo de Cristo, y hace posible que los miembros crezcan realmente en el Cuerpo. Para el cristiano la comunidad es necesaria —y la existencia de una comunidad cristiana supone el cumplimiento de varias condiciones.

c. *La evangelización*. La Iglesia es llamada a ser evangelizadora. Así aparece en los Hechos donde la

evangelización 'era función de la comunidad, no del individuo (Véase la misión de Pablo: Hech. 13,1-3; la de Timoteo: 1 Tim. 4,14; 6,20).

Cuando está constituida la comunidad, entonces puede ella "enviar" a evangelizar a otros, cumpliendo el gran encargo de Cristo: "Vayan, y hagan discípulos a todas las naciones..." (Mt. 28,19).

B. *Ministerios o servicios*

Los ministerios responden a las necesidades.

Así como hay necesidades esenciales de la Iglesia, e innumerables necesidades menores; así también hay ciertos ministerios institucionalizados, y otros muchos que no tienen este carácter.

San Pablo menciona algunos ministerios que son necesarios en el establecimiento y estructura de la Iglesia: son los servicios de apóstoles, evangelistas, pastores y maestros; otros servicios responden a las necesidades de una comunidad llena del Espíritu: los de los profetas, "los que hacen milagros, los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas... los que interpretan" (Ef. 4,11; 1 Co. 12,28-30).

Estos servicios no estaban tan institucionalizados. Y sin duda era ésta una circunstancia querida por Dios.

Pensando en los ministerios de la Iglesia de hoy, el P. Villegas pone en guardia contra la tendencia a institucionalizar los ministerios carismáticos porque podrían perder la espontaneidad, agilidad, rapidez y

oportunidad para responder a necesidades imprevistas. Hace notar las características de la misión del Espíritu Santo que “es de otra índole. Es invisible y sus signos son esquivos e inasibles. Es siempre nueva y siempre actual. Es imprevisible. Desborda todos los cauces. Es multiforme y versátil... se da en la Iglesia —a la manera de una gracia siempre fresca y gratuita— un dinamismo creador, una inagotable capacidad de renovación y adaptación, una fuente inagotable de gozo, juventud y libertad” (Nº 33, p. 12 y 7).

C. *Carismas.*

1) *Nociones generales:*

Son dones recibidos de Dios para ejercer un ministerio.

En un sentido amplio, pueden llamarse “carismas” los talentos naturales y las virtudes o cualidades permanentes que hemos recibido del Señor para cumplir con una misión en la Iglesia. Así hablamos de los carismas de un obispo o de una misionera.

Anota Hans Kung: “El carisma no es simplemente talento natural... sino vocación para servir... *Todo* don del Espíritu... *todo* llamamiento es un carisma... Todo el hombre con todas sus dadas personales es asumido para el servicio y enriquecido por el Espíritu de Dios con nuevos dones... Carisma, en su sentido más lato, es el llamamiento de Dios dirigido a un particular para determinado

servicio en la Iglesia; a la par, este llamamiento capacita para ese servicio" (Nº 12, p. 222-223, 227).

En este sentido amplio habla también el Concilio Vaticano II: "El mismo Espíritu Santo... distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición... con las que los hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia" (L.G. 12).

En un sentido más estricto, el carisma corresponde a lo que Santo Tomás llama "gratia gratis data". El Espíritu Santo distribuye estas gracias gratuitamente, sin tomar en cuenta algún mérito del que las recibe, porque la única finalidad es el bien de otro (1-2, III,1).

Los Evangelios mencionan algunos carismas: capacidad para predicar, sanar enfermos, limpiar leprosos, resucitar muertos, echar demonios, comunicar paz, quedar inmune de los venenos y de las mordeduras de serpientes, hablar nuevas lenguas, saber qué responder ante los tribunales, recordar todo lo que el Señor nos ha enseñado, entender las Escrituras... (Mt. 10,8; 10,19-20; Mc. 16,17-18; Lc. 10,5-6; 24, 45; Jn. 14,26).

Las Epístolas de san Pablo y san Pedro enumeran: palabra de sabiduría, palabra de ciencia, fe, carisma de curaciones, poder de milagros, profecía, discernimiento de espíritus, diversidad de lenguas, don de interpretarlas; dones de servicio y administración, enseñanza, exhortación, distribución, presidencias de asambleas, auxilio de necesitados; carismas de apostolado, de evangelización... (Rm. 12, 6-8; 1 Co. 12,8-10. 28; Ef. 4, 11; 1ª Pe. 4,9-11).

No puede fijarse una lista completa de los carismas, porque corresponden a las necesidades de la Iglesia, y éstas son innumerables. Además, varían según las épocas.

División

Si se quiere agrupar los carismas, que encontramos en algunos textos del Nuevo Testamento, tomando como base los servicios o funciones a los cuales se ordenan, podrían establecerse los tres grupos siguientes:

1) Carismas para el ministerio de la palabra: los dones de los apóstoles, profetas, doctores, evangelistas, maestros. Este grupo tiene relación con la difusión del Evangelio.

2) Carismas de gobierno: "episcopos", pastores, los que presiden.

3) Carismas para los servicios de ayuda o asistencia: dones de los diáconos y diaconisas, vírgenes y viudas, los que distribuyen limosnas, administran, cuidan de los enfermos, ofrecen hospitalidad, etc.

Otra manera de dividir los carismas es la que utiliza el P. Grelot en su libro "El Ministerio de la Nueva Alianza" cuando distingue entre *carismus-ministeriales* y *carismas-signos* (Ver. Nº 10, p. 108).

En realidad todo carisma tiene un doble aspecto: es *manifestación* del Espíritu de Dios y es *servicio* para la Iglesia. Ambos elementos se dan en todos los carismas, pero en algunos predomina más un aspecto, en otros el otro.

Así, hay carismas en que predomina la *manifestación* de la presencia, el amor, el poder de Dios. Su principal servicio a la Iglesia, aunque no el único, puede ser esa misma manifestación. Son los que Grelot llama "carismas-signo". Un signo no necesita ser muy grande; basta una señal muy pequeña para el que sabe entender. Son probablemente los que el Vaticano II llama carismas "extraordinarios", en contraposición a otros "más sencillos y ordinarios" (L.G. 12).

A aquellos en que predomina el aspecto *servicio* Grelot los llama "carismas-ministeriales". En éstos a menudo la acción del hombre es mucho más visible que la de Dios, pero el que observa con atención verá que los efectos superan la capacidad natural del instrumento.

2) *Lo permanente y lo ocasional:*

San Pablo indica un aspecto permanente en los ministerios: "a unos puso Dios en la Iglesia como apóstoles, otros como profetas, otros... los que hacen milagros, después los que sanan..." (1 Co. 12,28). Estos ministerios son permanentes porque sirven a necesidades permanentes. En la Iglesia primitiva se ve que los que decían profecías, o hacían milagros o sanaban cumplían funciones casi tan permanentes como los que eran llamados a ser apóstoles, o evangelistas o maestros.

Pero hay un aspecto ocasional en el carisma mismo. La experiencia nos enseña que nadie posee de tal manera el carisma de sanar que administre ese

carisma a su antojo. Ni aún los que están llamados a un ministerio de sanación pueden usar del carisma como y cuando quieren. El don está siempre en las manos del Señor; es el Señor el que sana a quien quiere.

Podemos, pues, presentar estas conclusiones:

a. Dios llama a ministerios carismáticos que presentan cierta permanencia: pastor, maestro, profeta, curaciones. . .

b. A los así llamados Dios da *carismas* o aptitudes necesarias para ser canales de los dones de Dios. Esta aptitud consiste fundamentalmente en una gracia permanente de confianza y docilidad a la acción de Dios. El ministro está abierto y pronto para recibir mensajes, o para interceder por los enfermos, o dar enseñanza inspirada, etc. Esta aptitud no limita ni condiciona la libertad infinita de Dios (Véase N° 9, ps. 149, 161, 165).

c. El carisma es siempre un regalo a la comunidad más bien que al instrumento humano. Pero para el ministro es fuente de alegría y humilde agradecimiento el poder servir de esta manera a sus hermanos.

d. La intervención divina (dando un mensaje, sanando, etc.) es ocasional, porque está enteramente en la mano de Dios. El instrumento humano, movido por el Espíritu, pone las condiciones de la intervención divina, pero no tiene dominio sobre ella.

e. Todos podemos (y debemos) pedir al Señor esta apertura a su acción en nosotros, para que podamos ayudar a nuestros hermanos y a la comunidad en sus necesidades. Aunque no tengamos un ser-

vicio determinado, Dios siempre puede intervenir por medio de nosotros; y lo hará tanto más cuanto más abiertos estemos a esta intervención.

3) *Lo divino y lo humano:*

En el párrafo anterior consideramos el carisma como una disposición permanente nuestra para ser canal de un don de Dios a la comunidad. En esta disposición tenemos lo divino y lo humano de toda intervención de Dios en el alma humana. En toda gracia se conjuga la iniciativa de Dios y la aceptación humana: la actuación divina en un ser libremente receptivo.

También se da lo divino y lo humano en la acción carismática misma: p. ej.: profecía, milagro, inspiración, etc. El tema es muy amplio (1), pero podemos resumir lo principal en las siguientes observaciones:

a. En toda acción carismática Dios actúa a través de hombres, y contando con la naturaleza humana en todas sus dimensiones: física, psicológica, parasicológica, espiritual.

Para que una intervención sea divina, no es necesario que todo sea milagroso. La profecía puede incluir elementos de telepatía; la sanación puede ser estimulada por sugestión e influjo de ondas parasicológicas. Es razonable admitir que todos los fac-

(1) Para un estudio más detenido de cada carisma, remitimos a nuestro libro: *La Oración Carismática*, y a futuras publicaciones en esta Colección.

tores de interacción actúen en una situación en que somos instrumentos de Dios para bien de los demás. Como escribe Simón Tugwell O.P. "el camino a lo espiritual está a través del siquismo" (Nº 32, p. 101).

b. En toda situación en que busquemos sinceramente a Dios, él ya está actuando (Véase 1 Co. 12,3). El parasicólogo, el brujo y el espiritista podrán hacer obras que se parezcan en lo material a las profecías, sanaciones e inspiraciones del Espíritu Santo, pero el contexto y su significado serán muy diversos.

Dios puede hacer milagros, como los de Lourdes, que superan las posibilidades de la naturaleza humana. (Hemos visto algunos en nuestros retiros y grupos de oración). En estos casos es indudable la intervención divina. Pero la mayor parte de las acciones carismáticas no son extraordinarias en este grado; sin embargo, por todas las circunstancias, son respuesta de Dios a sus hijos que confían en él. No son "milagros" en un sentido pleno, pero son "manifestaciones del Espíritu para provecho" del Cuerpo (1 Co. 12,7).

4) *La fe y los carismas*

"Si tuvieran fe como un grano de mostaza..."
(Mt. 17,20; Lc. 17,6).

Toda acción carismática está fundada en esta fe que nos recomienda Jesús; es una posición de fe; incluye implícita o explícitamente una oración de fe.

a) Dios, en su infinito amor y poder, no necesita esperar que pidamos; ni está condicionado por nues-

tra fe. Pero, ordinariamente, la falta de fe será un obstáculo para muchas acciones de Dios (Véase Mc. 6,5); y Dios quiere que pidamos con fe (Véase Mc. 11,22-24; Mt. 7,7-11; Lc. 11,9-13; Jn. 15,16).

Pedir con fe supone siempre la confianza en la bondad y poder del Señor. Ese es el punto de apoyo; no confiamos en el valor de nuestra oración sino en Dios. Supone también una entrega del problema en manos de nuestro Padre que "conoce nuestras verdaderas necesidades"; le dejamos el tiempo y manera de solución; buscamos "primeramente el reino de Dios y su justicia", seguros de que nuestro "Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que pedimos" (Véase Mt. 6,25-34; 7,11). Entonces, podemos confiar que pedimos "en nombre de Jesús", que permanecemos unidos a él, y que pedimos según su voluntad (Véase Jn. 14,13-14; 15,16; 16,23-24. También Mt. 18,19-20; 21,22).

Esta fe es una acción del Espíritu en nosotros; y está a la base de todo carisma. Es fe en Dios mismo, confianza en su amor, seguridad de contar con él en nuestra necesidad. Esta fe crece con la respuesta generosa a las inspiraciones de Dios que nos invitan a apoyarnos en esa fe, y "arriesgarnos", actuando en fe.

A medida que crece esa fe y nos vamos disponiendo para ser canales para mayores manifestaciones del Espíritu, crece el carisma en nosotros; pero la intervención divina depende siempre y exclusivamente de Dios.

b) La posición de fe, como la hemos explicado, excluye toda superstición, por la cual se cree que

un rito especial o una forma de oración tiene especial eficacia para atraer la respuesta divina.

Excluye por otra parte el racionalismo, que pretende reducir todo carisma a un mero efecto de fuerzas psicológicas o parasicológicas.

La posición de fe hace dirigir la atención a la necesidad del prójimo y a la voluntad divina de remediar esa necesidad. La actuación carismática está así llena de un amor que excluye toda vanidad del ministro, y toda búsqueda de lo espectacular y toda ansia de experiencia por la experiencia misma.

c) Por último, la posición de fe da gran claridad al género de acción que pone el ministro.

Si este hace una simple intercesión ante Dios, se puede decir que se apoya exclusivamente en la fe. Si usa medios psicológicos además de la fe, está bien consciente del papel que juegan dentro del conjunto; y procurará que lo psicológico no ahogue lo espiritual.

Pero, aun en los medios que son en apariencia meramente psicológicos, actuará el Espíritu Santo cuando el ministro los usa movido por el amor al hermano, y unido por lo tanto al Espíritu que es el origen de ese amor.

4. *Posición central de la caridad*

Al acercarnos al final de esta III Parte, es conveniente subrayar la posición central que ocupa la caridad:

a) El amor es *el primer fruto* del Espíritu y los demás frutos son cualidades de ese amor: porque

“el amor es sufrido, es benigno, el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza con la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser...” (Gál. 5,22-23; 1 Co. 13,4-8).

b) La caridad es *la virtud mayor* entre las teológicas. Escribe Cerfaux que, según san Pablo, “la psicología del cristiano se resume en tres virtudes fundamentales: la fe, la esperanza y la caridad. La fe es respuesta de sumisión inteligente y activa a la predicación apostólica. La esperanza nos da seguridad de las realidades futuras... y orienta hacia ellas la vida presente. La caridad... gobierna toda nuestra actividad” (Nº 5, p. 505).

Pues bien, “ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor; estos tres; pero el mayor de ellos es el amor” (1 Co. 13,13).

c) La caridad es *el mejor camino* para disponerse a los carismas. Después de exponer el misterio del Cuerpo del Señor, en que hay diversidad de miembros, cada uno con sus dones para provecho de los demás, san Pablo exhorta a los Corintios a que “procuren los mejores dones”. Podríamos traducir sus palabras como: “esfuércense sin cesar por conseguir los mejores dones” (1 Co. 12,31).

Y en seguida añade: “Pero yo les muestro un camino aún más excelente” para conseguir esos dones. Es decir: “el mejor camino, el más seguro para llegar a este objetivo, no es el esfuerzo directo, sino la caridad, el amor por los demás. Si ustedes son llevados por el amor a socorrer a los hermanos en

sus necesidades. Dios les dará a ustedes todos los carismas que sean necesarios para ello”.

d) El amor es *el mayor de los mandamientos*. En la doble ley del amor resumió Jesús “toda la ley y los profetas”: “amarás al Señor, tu Dios... amarás a tu prójimo como a ti mismo”. (Mt. 22,37-40). Y luego en la última cena perfecciona la antigua ley con “un mandamiento nuevo: que ustedes se amen unos a otros, como yo los he amado” (Jn. 13,34).

Con razón insistirá más tarde san Pablo en la caridad cuando describe la vestidura del cristiano. Este debe “vestirse del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdadera” con múltiples virtudes que reflejan a Cristo; y “sobre todas las cosas debe vestirse de amor, que es el vínculo perfecto”, es decir, lo que perfecciona a cada virtud y las armoniza todas a la imagen del Señor. Entonces “la paz de Dios” gobernará su corazón y los de todos los hermanos que están “llamados en un solo cuerpo” (Ef. 4,24; Col. 3,12-15).

e) El amor es *la garantía de la presencia del Espíritu* (1 Jn. 4,16). En su discurso a los peregrinos del Congreso Carismático en Roma (19 de mayo de 1975), Paulo VI señala este punto. “Sólo el amor de caridad hace al cristiano perfecto, sólo él hace al hombre agradable a Dios... Porque este amor no sólo supone un don del Espíritu; implica también la presencia activa de su Persona en el corazón del cristiano... Según san Fulgencio, el Espíritu Santo puede conferir toda clase de dones sin estar presente El mismo; en cambio, cuando concede el amor, prueba que El mismo está presente por la gracia.

“Presente en el alma, junto con la gracia le comunica la propia vida de la Santísima Trinidad, el amor mismo con que el Padre ama al Hijo en el Espíritu (Jn. 17), el amor con que Cristo nos amó y con que nosotros, por nuestra parte, podemos y debemos amar a nuestros hermanos, no solamente en palabras, con la lengua, sino en obras, de verdad” (Véase Jn. 13,34; 1 Jn. 3,18). (Nº 1, p. 30).

CONCLUSIONES GENERALES

1. Una experiencia será carismática, (es decir, será una experiencia del Espíritu que transforma, fortalece y conduce) “en la medida en que nos acerquemos a la experiencia de Jesús mismo... Nadie como él estuvo en la posesión conciente de la plenitud del Espíritu” (Nº 9, p. 68).

Para el discípulo de Cristo, la experiencia carismática será siempre una participación del Espíritu a través de la fe en Jesucristo, nuestro Salvador y Señor.

2. La experiencia carismática incluye, como hemos visto en este libro, la experiencia del amor de Dios que interviene en nuestra vida de una manera insospechada antes; incluye también gracias de santificación que nos van transformando con gran maravilla nuestra; incluye por fin la experiencia de ser

usados por Dios, en muchas ocasiones, como canal de sus bendiciones para nuestros hermanos.

3. La experiencia carismática es para todo cristiano. Todos hemos sido bautizados y la experiencia carismática es vivir plenamente la realidad de nuestro bautismo: nuestra incorporación en el Cuerpo de Cristo, nuestra animación por su Espíritu, nuestro crecimiento para ser cada vez más "conformes a la imagen de Cristo" (Rm. 8,29), nuestra misión de ser testigos con la vida, la palabra y señales (Mt. 28,19-20; Mc. 16,15-18; Jn. 13,35; 15-16; Hech. 1,8).

4. Esto significa que el criterio de la vida cristiana no puede ser "la sabiduría del mundo" sino "Cristo crucificado, que es locura para el no cristiano" (1 Co. 1,20.23); es decir, el cristiano no puede centrar su vida en lo que el común de la gente considera razonable; su centro debe ser la vida plena en Cristo resucitado y, en ese Cuerpo, el cumplimiento gozoso de la voluntad de Dios. "Y todo esto es algo que no puede ser juzgado por los criterios del mundo. En la medida en que actuamos como cristianos, actuamos de una manera inexplicable para la razón humana. Esto es típico de toda acción profética, y todos los cristianos estamos llamados a ser profetas en este sentido. Debemos estar dispuestos a hacer cosas que no podemos explicar; a decir cosas que no podemos fundamentar. Debemos estar dispuestos para actuar, hablar, orar, fundándonos en la autoridad de Dios mismo" (Nº 32, p. 80).

5. Si es propio de todo cristiano, como cristiano, estar disponible para cumplir la voluntad de Dios, siendo dócil a la voz del Espíritu, la experien-

cia carismática no puede ser característica de un movimiento dentro de la Iglesia; debe ser característica de toda la Iglesia.

Tampoco puede reducirse a ciertas prácticas o ritos, debe abarcar la vida entera del cristiano y la vida de la comunidad.

La figura de Jesús, que siempre hace lo que es del agrado del Padre (Jn. 8,29), la figura de María con su entrega tan confiada y constante, el ejemplo de todos los santos y santas de la historia de la Iglesia, nos enseñan cómo se vive la disponibilidad y la docilidad al Espíritu Santo.

6. El estudio de la experiencia carismática, como es vivida en estos tiempos, es sumamente animadora. "La mano de Dios no se ha acortado" (Is. 59,1), el Señor sigue enviando su Espíritu, y hay hermanos nuestros de toda edad, cultura, nivel económico, y ocupación que son receptivos a ese Espíritu y están experimentando su acción.

Como indica Paulo VI, esto es "una suerte para la Iglesia y para el mundo" (Nº 1, p. 25).

BIBLIOGRAFIA

1. Aldunate, s.j., Carlos, *El papa y los carismáticos*, Ed. Paulinas, Santiago (Chile), 1976).
2. Bennett, Denis and Rita, *The Holy Spirit and you*, Logos International, Plainfield, N.J., 1971.
3. Carrillo Alday M. Sp.S. Salvador, *El Bautismo en el Espíritu Santo*, 3ª Edición, Instituto de Sagrada Escritura, México, 1974.
4. Carrillo Alday M. Sp. S., Salvador, "*Renovación cristiana en el Espíritu Santo*, 4ª edición, Instituto de Sagrada Escritura, México, 1975.
5. Cerfaux, Lucien, *Le chrétien dans la Theologie paulinienne*, Ed. du Cerf, París, 1962.
6. Du Plessis, David J., *The Spirit made me go*, Logos Intern. Plainfield, N.J. 1970.
7. Fernández, O.P., Pedro, El neopentecostalismo católico. Una evaluación teológica. *Diálogo ecuménico*, Vol. VIII, N° 31-32, 1973, p. 395-445, Universidad Pontificia, Salamanca, España.
8. Ford, Josephine Massingberd, Catolicismo Pentecostal, *Concilium* 79, Madrid, Nov. 1972, pp. 392-397.
9. Gelpi, s.j., Donald L., *Pentecostalism. A Theological Viewpoint*, Paulist Press, New York, 1971.
10. Grelot, Pierre, *Le Ministère de la Nouvelle Alliance*, Collection Foi Vivante, Ed. du Cerf, Paris, 1967.
11. Harper, Michael, *The Baptism of Fire*, Logos Books, Plainfield, N.J., 1970.

12. Kung, Hans, *La Iglesia*, 2ª edición, Herder, Barcelona, 1969.
13. Lafont, Ghislain, Pour un discernement, *La Vie Spirituelle*, N° 600, Jan-Fev., 1974, p. 82-97.
14. Lallemand, s. j., Luis, *Doctrina Espiritual*, Colección Vida Divina, Grupo de Editoriales Católicas, Buenos Aires, 1945.
15. Laurentin, René, *Pentecotisme chez les catholiques. Risques et avenir*. Ed. Beauchesne, Paris, 1974.
16. McDonnell, O.S.B., Kilian, *Catholic Pentecostalism: Problems in evaluation*. Dove Publications, Pecos, New Mexico, 1970.
17. Mc Donnell, O.S.B., Kilian, "The Holy Spirit and Christian Initiation". *The Holy Spirit and Power*, Doubleday, N. Y. 1975, p. 57-89.
18. Martín, Ralph, *Hungry for God*, Doubleday, Garden City, New York, 1974.
19. Martín, Ralph, An Interview with Cardinal Suenens, *New Covenant*, Junio, 1973, p. 1-5.
20. Mühlen, Heribert. The Charismatic Renewal as Experience *The Holy Spirit and Power*, Mc. Donnell, Doubleday, N.Y. 1975, p. 107-117.
21. Mühlen, Heribert, The Person of the Holy Spirit, *The Holy Spirit and Power*, McDonnell, Doubleday, p. 11-33.
22. Mumford, Robert (Bob), *15 Steps Out*, Logos International, Plainfield, N.J., 1971.
23. Navarro Castellanos M., Sp.S., Alfonso, *Ministerio de la palabra*, Publicaciones Renovación, México, 1974.
24. O'Connor, C.S.C., Edward D., *The Pentecostal Movement in the Catholic Church*, Ave María Press, Notre Dame, Indiana, 1971.

25. O'Connor, C.S.C., Edward D., *Pentecost in the Catholic Church*, Dove Publications, Pecos, N. México, 1970.
26. Orsini, Joseph E., *Hear my confession*, Logos International, Plainfield, N.J., 1971.
27. Osowski, O.C.S.O., Fabián, Pentecost and Pentecostals: A. Happening, *Review for Religious*, Vol. 27, N° 6, 1968, p. 1064-1088.
28. Paulo VI, La Gracia, razón primordial del existir de la Iglesia, *Ecclesia*, N° 1714, 2-XI-1974, p. 5-6.
29. Ranaghan, Kevin and Dorothy, *As the Spirit Leads Us*, Paulist Press, New York, 1971.
30. Schneider, S.J., Herbert, Baptism in the Holy Spirit in the New Testament, *The Holy Spirit and Power*, McDonnell, Doubleday, N. Y., 1975, p. 35-35.
31. Suenens, Cardenal, Leo-Joseph, *Une nouvelle Pentecote?* Desclée de Brouwer, París, 1974.
32. Tugwell, O.P., Simon, *Did you receive the Spirit?* Paulist Press, New York, 1972.
33. Villegas M., S.S.CC., Beltrán, *Los Ministerios en la Iglesia*, Ed. Paulinas, Santiago, 1975.

I N D I C E

Introducción	5
Primera parte	
<i>La experiencia inicial</i>	7
Segunda Parte	
<i>La apertura al Espiritu</i>	23
Tercera parte	
<i>Acción del Espiritu Santo</i>	31
Conclusiones generales	55
Bibliografía	59